

# “Canción Redonda” y “Arbol de Sangre”

de Claudia Lars y Carmen Brannon

Por ALBERTO GUERRA TRIGUEROS

= Envío del autor, San Salvador, noviembre 4 de 1937 =

... Y, ante todo, el título. Perdóneme la autora: este artículo lleva cierta pretensión de crítica imparcial. Por lo tanto, no puede quedarse en ditirambo ciego, todo él hecho de elogio, por el elogio y para el elogio. En tal virtud, créome en el caso de aclarar que no estoy plenamente de acuerdo con ese título de *Canción Redonda*\*. No porque no sea eufónico, sugerente, moderno, muy completo, muy rotundo y muy «redondo»...: todas estas cualidades debo reconocérselas sinceramente. Sino por dos razones bien distintas: la una de carácter extrínseco, material hasta cierto punto, ya que atañe a la técnica literaria y a las relaciones con otros escritores; de orden intrínseco la otra, y en cierta medida, espiritual: pues que relativa al equilibrio interno, a la íntima armonía o arquitectura de la obra misma.

Desde el primer punto de vista, nada reprochable—sino por el contrario, mucho de sugestiva y auténtica Poesía, de la mejor y de la más moderna—podría yo objetarle a ese título de *Canción Redonda*. Por si algo faltara para hacerlo asequible al lector menos avezado a la poesía de hoy, ahí está todo explicado en el primer poema, *Canción Redonda* también. Y ahí está por otra parte—en azul, gris y negro sobre blanco—, la interesante y decorativa portada de Salarrué: cósmica, zodiacal; clara y honda, nocturna y meridiana, manvantárica y praláyica, con su aguda flecha azul rasgando cosmos negros, cosmos blancos, costos grises, hasta la Última Thule de la Noche redonda:

*La flecha de mi anhelo romperá la tiniebla  
sin perder su destino;  
y la red de mi ensueño ha de alcanzar distantes  
luceros sorprendidos.*

Pero—siempre en ese aspecto externo y material—hay desgraciadamente un pero. Y es una lástima. Pero es un pero gordo, bien que talvez involuntario: garcilorquiano, nada menos. Porque esto de «canciones redondas»—aplicado a pechos femeniles—lo encontramos ya en García Lorca: si mal no recuerdo, en aquella Soledad Montoya del *Romance de la Pena Negra*; a la que por cierto alude la propia autora en su *Romance del Romancero Gitano*—uno de los más bellos poemas del libro—, precisamente dedicado al triste fin, al estupendo fin de García Lorca ante las balas estúpidas. (La estupidez es de todos los bandos y de los tiempos todos).

La otra objeción es más grave—aun que más sutil y menos accesible al vulgo—, precisamente por cuanto se refiere al fondo mismo de la obra. Consiste en que este libro no es en realidad, según mi sentir, una verdadera *Canción Redonda*:

\* Véase Claudia Lars: *Canción Redonda*. Ediciones del Convivio. San José de Costa Rica, 1937.



Claudia Lars

(Carmen Brannon)

(1937)

da: en el sentido al menos, que parece desprenderse del primer poema antes citado. No es una *Canción Redonda* en el sentido cósmico, universal y absoluto—síntesis completa y acabada de toda vibración, de toda poesía, de todo sentimiento y de toda sensación—que a tales palabras asigna la autora en su *Canción Redonda*:

*... Aprenderé a mirar con ojos de vidente  
las cosas y los signos;  
y sabré descubrir, en cada acción, la causa  
y el humano sentido.*

*La flecha de mi anhelo romperá la tiniebla  
sin perder su destino;  
y la red de mi ensueño ha de alcanzar distantes  
luceros sorprendidos...*

*... Y cuando en la belleza de mi canción redonda  
no falte ni un sonido,  
la saltaré en el aire... Y escogeré, callada,  
los rumbos del olvido.*

Como programa, no puede estar mejor. Pero nunca como síntesis de este libro. Porque, repito, no es éste un libro amplio, *comprehensivo*, omniabarcante, a la manera panteística o nirvánica del Oriente, a la manera apolínea de Grecia. Es más bien, un libro humano, sensitivo, hondo: hondo hasta el grado a veces de ser *profundo*, lo que por lo general es cosa bien distinta. Un libro intensamente vivido. Con toda vida. Con toda «pasión», o sea con todo sufrimiento. Con todo calor. Con todo amor; con dolor; con toda sangre. Un libro, en una palabra, *dionisiaco* más bien que apolíneo.

Dionisiaco y druídico. Esto último no ha de extrañarnos, dada la mitad de sangre celta que corre por las venas de esta compleja y primitivísima Claudia Lars; de esta doble personalidad que es—como lo indica su nombre doble—la hispano-irlandesa Carmen Brannon. Oscuras afini-